

Llamados a ser Montfortianos

Jaime Oved smm

Un retorno necesario es volver de nuestra identidad como montfortianos. ¿Qué somos como montfortianos? ¿Qué nos hace montfortianos? ¿Cuál es nuestra originalidad en la Iglesia? Digamos de una vez y sin ambages que lo que nos hace montfortianos son las intuiciones del mismo san Luís de Montfort y la manera como sintonizamos con ellas. No podemos llamarnos montfortianos si no nos unimos profundamente a lo que sintió nuestro fundador, a su intuición fundacional. No basta, pues, con estar matriculados en su escuela o pertenecer jurídicamente a su congregación. Según mi modo de ver las cosas y después de un camino de algunos años en esta escuela de espiritualidad he llegado a la conclusión que las intuiciones fundamentales de Montfort son siete. No pretendo con ello tener la exclusividad en la interpretación de Montfort. Simplemente comparto contigo mi síntesis parcial de lo que considero sean las bases de nuestra espiritualidad. Después vendrán nuevos enriquecimientos y nuevas elaboraciones.

Primera intuición. Jesucristo es el centro de todo

Montfort tuvo una muy fuerte experiencia de Jesucristo a lo largo de su vida. No tenemos noticias de un momento particular de iluminación o de conversión como en otros santos; parece que fue una cosa progresiva, un siempre más, de cada día, hasta llegar al grado más alto de mística: el matrimonio espiritual. *En la nueva familia a la que ahora pertenezco, estoy desposado con la Sabiduría y con la cruz. Ellas constituyen todos mis tesoros temporales y eternos, terrenos y celestes (Carta 20).* Veamos algunas características de la experiencia de Jesús de Montfort:

a) Quizá la característica más importante de esta experiencia es el modo como percibe Montfort a Jesucristo: la Sabiduría eterna y Encarnada, sin duda inspirado y conectado con san Pablo en 1 Cor 1,17ss.

b) Jesucristo se vuelve su única sabiduría y el centro de su vida, con la exclusividad de su amor.

*Porque El es el único Maestro que debe enseñarnos,
el único Señor de quien debemos depender,
la única Cabeza a la que debemos estar unidos,
el único Modelo a quien debemos asemejarnos,
el único Médico que debe curarnos,
el único Pastor que debe apacentarnos,
el único Camino que debe conducirnos,
la única Verdad que debemos creer,
la única Vida que debe vivificarnos
y el único Todo que en todo debe bastarnos (VD 61)*

d) Es el fin último de la vida:

¿Quieres, pues, realmente la vida eterna? –Consigue el conocimiento de la Sabiduría eterna.

¿Quieres alcanzar la santidad perfecta en este mundo? –Conoce la Sabiduría.

¿Quieres plantar en tu corazón la raíz de la inmortalidad? –Adquiere el conocimiento de la Sabiduría. Conocer a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, es saber lo suficiente. Saberlo todo, pero no conocerlo a El, es no saber nada (ASE 11)

e) Es una Sabiduría para se conocida y amada.

Después de considerar todo esto, ciertamente hallamos motivos sobrados para exclamar con San Francisco de Paula: “¡Oh caridad! ¡Oh Dios de caridad! ¡La caridad que demostraste al sufrir, y padecer y morir, es, en verdad, excesiva!” O con Santa Magdalena de Pazzis, abrazada al crucifijo: “¡Oh amor! ¡Amor! ¡Cuán poco conocido eres!” O, finalmente, con San Francisco de Asís, arrastrándose por el fango de las calles: “¡Jesús, mi amor crucificado, no es conocido! ¡Jesús, mi amor, no es amado!”

Sí, en efecto, la santa Iglesia hace repetir todos los días con sobrada razón: El mundo no lo conoció¹. El mundo no conoce a Jesucristo, la Sabiduría encarnada. Y, hablando razonablemente, conocer lo que Nuestro Señor ha padecido por nosotros y no amarlo con ardor –cosa que hace el mundo- es algo moralmente imposible (ASE 166)

Textos de referencia: 1Cor 1,17-2,16; Fil 3,1-11; VD 61; ASE 11-12,89,166; Carta 20.

Segunda intuición. Un problema pastoral

Desde el comienzo de su ministerio Montfort descubre y se enfrenta un doble problema pastoral. Por una parte, la mediocridad en la vida cristiana de la gente. Varios textos suyos nos lo dejan entrever claramente. El 6 de diciembre de 1706 escribe a Leschassier: *No hay aquí ni la mitad del orden y observancia del reglamento que reinan en San Sulpicio. Y creo que, mientras las cosas sigan como están, no podrá ser de otro modo (Carta 5)*. Y la Súplica Ardiente abunda de expresiones en las que manifiesta al Señor este problema: *¡Tu ley divina es quebrantada! ¡Tu Evangelio, abandonado! ¡Torrentes de iniquidad inundan toda la tierra y arrastran hasta a tus mismos servidores! (SA 5)*. *¿No es, acaso, preferible morir que verte, Dios mío, tan cruel e impunemente ofendido y hallarme día a día en mayor peligro de ser arrastrado por los torrentes de iniquidad que siguen creciendo? (SA 14)*.

3. Y por otra parte, la falta de perseverancia en los compromisos como cristianos. *Veo a tantos devotos y devotas que buscan a Jesucristo. Unos van por un camino y una práctica, los otros por otra. Y con frecuencia, después de haber trabajado pesadamente durante la noche, pueden decir: Nos hemos pasado toda la noche bregando y no hemos cogido nada (Lc 5,5)*. *Y se les puede contestar: Siembran mucho, cosechan poco (Ag 1,6)*. *Jesucristo es todavía muy débil en ustedes. (VD 218)*. *Para vaciarnos de nosotros mismos, debemos, en primer lugar, conocer bien, con la luz del Espíritu Santo, nuestras malas inclinaciones, nuestra incapacidad para todo bien concerniente a la salvación, nuestra debilidad en todo, nuestra continua*

¹ Jn 1,10; antes de la reforma litúrgica introducida por el Concilio Vaticano II, al final de la misa se rezaba Jn 1,1-14, como acción de gracias e invitación a entrar en la corriente de amor de la Sabiduría, que se nos muestra llena de amor y lealtad, como rostro y exégeta del Padre.

inconstancia, *nuestra indignidad para toda gracia y nuestra iniquidad en todo lugar* (VD 79)

Tercera intuición. La Primera causa es el olvido y/o la ignorancia de la dignidad y de los compromisos del Bautismo.

Montfort encuentra que la primera causa de la mediocridad en la vida cristiana de la gente tiene que ver con la falta de vivencia del bautismo por descuido o por ignorancia.

“Los hombres hacen voto en el Bautismo -dice Santo Tomás - de renunciar al diablo y a sus pompas”. Y “este voto -había dicho San Agustín - es el mayor y más indispensable”. Lo mismo afirman los canonistas: “El voto principal es el que hacemos en el Bautismo”. Sin embargo, ¿quién cumple este voto tan importante? ¿Quién observa con fidelidad las promesas del Santo Bautismo? ¿No traicionan casi todos los cristianos la fe prometida a Jesucristo en el Bautismo? ¿De dónde proviene este desconcierto universal? ¿No es, acaso, del olvido en que se vive de las promesas y compromisos del Santo Bautismo y de que casi nadie ratifica por sí mismo el contrato de alianza hecho con Dios por sus padrinos? (VD 127)

Siendo el bautismo el principal sacramento y la base de la vida cristiana lo lógico es, pues, renovarlo y hacerlo renovar de manera conciente.

Ahora bien, si los concilios, los Padres y la misma experiencia nos demuestran que el mejor remedio contra los desórdenes de los cristianos es hacerles recordar las obligaciones del Bautismo y renovar las promesas que en él hicieron, ¿no será acaso razonable hacerlo ahora de manera perfecta mediante esta devoción y consagración a Nuestro Señor por medio de su amantísima Madre? (VD 130)

Textos de referencia: Gal 3,27-28; Col 3,9-11. Rom 6,2-6: Ef 2,25-26. VD 127-128,130; RM 56

Cuarta intuición. La segunda causa es la tendencia interna y externa al mal

Pero Montfort descubre que hay gente que no ignora la dignidad de su bautismo y que incluso lo ha renovado siendo conciente de ello, pero no logra perseverar en sus compromisos. La causa se encuentra en el interior del ser humano, en su tendencia hacia el mal (pecado).

Nuestras mejores acciones quedan, de ordinario, manchadas e infectadas a causa de las malas inclinaciones que hay en nosotros.

Cuando se vierte agua limpia y clara en una vasija que huele mal, o vino en una garrafa maleada por otro vino, el agua clara y el buen vino se dañan y toman fácilmente el mal olor. Del mismo modo, cuando Dios vierte en nuestra alma, infectada por el pecado original y actual, sus gracias y rocíos celestiales o el vino delicioso de su amor, sus bienes se deterioran y dañan ordinariamente a causa de la levadura de malas inclinaciones que el pecado ha dejado en nosotros. Y nuestras acciones, aun las inspiradas por las virtudes más sublimes, se resienten de ello.

Es, por tanto, de suma importancia para alcanzar la perfección - que sólo se adquiere por la unión con Jesucristo - liberarnos de lo malo que hay en nosotros. De lo contrario, Nuestro Señor, que es infinitamente santo y detesta la menor mancha en el alma, nos rechazará de su presencia y no se unirá a nosotros (VD 78).

Pero esta tendencia interna viene también reforzada por el ambiente circundante de maldad, contrario al Evangelio. Véase más arriba lo que decíamos en la segunda intuición con respecto a lo que Montfort describe como “torrentes de iniquidad que inundan toda la tierra” (SA 5.14)

Textos de referencia: Marcos 7,14-23. VD 78-79 (80-81). VD 146.173.213.228; AC 47.

Quinta intuición. Solución: configuración total con Jesucristo en la cruz. Kerigma. Misión. Pobres.

Desde su profunda experiencia mística Montfort no puede menos que proclamar y recomendar lo que el Señor ha hecho él. Por eso afirma con todo su corazón que la configuración total y perfecta con Jesucristo es la solución para el problema de la mediocridad, sea causada por ignorancia o sea por inconstancia.

La plenitud de nuestra perfección consiste en asemejarnos, vivir unidos y consagrados a Jesucristo. Por consiguiente, la más perfecta de todas las devociones es, sin duda alguna, la que nos asemeja, une y consagra más perfectamente a Jesucristo (VD 120)

Pero de modo especial la configuración se da con Jesucristo crucificado (kerigma apostólico). Para Montfort en el crucificado está el resucitado. De ahí viene toda su espiritualidad de la cruz.

Este es, a mi modo de ver, el mayor secreto del rey², el misterio más sublime de la Sabiduría eterna: la cruz (ASE 167) Ciertamente, la verdadera Sabiduría no se halla en la tierra ni en el corazón de quienes viven a sus anchas. Reside en la cruz, en forma tal que fuera de ella es imposible hallarla en este mundo. Se ha incorporado y unido a la cruz de tal manera, que podemos decir con toda verdad: ¡la Sabiduría es la cruz, y la cruz es la Sabiduría! (ASE 180)

Pienso que la espiritualidad de la misión viene de esta intuición. Es imposible conocer a Jesucristo, configurarse con él y no anunciarlo a los demás.

*Por tu Evangelio, Dios mío,
sufrir quiero, en tierra y mar,
muerte, afrentas, todo mal.
Si con mi vida y mi sangre
destruyo un solo pecado
y sólo a un hombre convierto,
mi esfuerzo está bien pagado (CT 22,13)*

Textos de referencia: 1Cor 1,17-2,16; Rom 6,1-14; Gal 2,20. VD 61-62. ASE 176, 180; CAC. CT 22

² Transcribo aquí la preciosa nota que escribió Aurelio Rozo en las obras completas al respecto: Tob 12,7. Incluso en un plano meramente humano nada se logra sin esfuerzo. La ascesis, el entrenamiento, las renunciaciones, la organización de la persona en la unidad interior son necesidades experimentadas para el triunfo en la vida. ¡Cuánto más tratándose de la Sabiduría, don por excelencia! (Ver BenS 51,33ss). El P. de Montfort no quiere que perdamos la oportunidad de entrar en la profundidad del misterio de la cruz. No se trata de buscar la cruz como cruz, sino la cruz como Sabiduría; porque la Sabiduría es la Cruz y la Cruz es la Sabiduría (ASE 180): la cruz asumida en el amor es sabiduría, es entrar en el movimiento redentor de la Sabiduría (ver Jn 13,1).

Sexta intuición. Medios ordinarios: deseo ardiente, oración continua, mortificación universal y Los pobres.

Para hacer efectiva (y afectiva) esta configuración con Jesucristo el Misionero propone unos medios ordinarios, es decir, que están al alcance de todos. Cada medio es calificado por Montfort con un adjetivo preciso, como para no dejar dudas.

a. Deseo ardiente

Agudo observador del espíritu humano Montfort se dio cuenta de la importancia de implicarse afectivamente en la búsqueda de Dios. Querer es poder, reza el adagio popular. Sobre todo cuando ese querer va acompañado del esfuerzo práctico para alcanzar la meta que es la misma Sabiduría.

Conviene que el deseo de la Sabiduría sea santo y sincero y vaya acompañado de la fiel observancia de los mandamientos de Dios. Porque existe una multitud de insensatos y perezosos que tienen millares de deseos, o mejor, de veleidades por el bien, que no los impulsan a apartarse del pecado ni hacerse violencia, y, por lo mismo, son ineficaces y engañosos, matan y conducen a la condenación: Los deseos dan muerte al holgazán, porque sus manos se niegan a trabajar. El Espíritu santo, Maestro de ciencia, rehuye la estratagema, levanta el campo ante los razonamientos sin sentido y se rinde ante el asalto de la injusticia (Sab 1,5) ASE 182

Textos de referencia: Mt 7,7-11; ASE 181-183.

b. Oración continua

La oración es el canal por el cual Dios comunica ordinariamente sus gracias, y de modo especial la Sabiduría (ASE 184), dice Montfort. Por eso la invitación es a mantener una comunicación continua con Dios. Importa sobre todo la actitud de comunión con él. Interesante es ver las características de la oración según Montfort:

Con fe viva y firme:

Debes pedir la Sabiduría con fe viva y firme, sin titubear: Tienes que pedir con fe, sin titubear lo más mínimo (Sant 1,6), pues quien tiene una fe vacilante no debe esperar alcanzarla: No piense esa persona que va a recibir nada del Señor (ASE 185)

Con fe pura:

Debes pedirla con fe pura, sin apoyar la oración en consolaciones sensibles, en visiones o revelaciones extraordinarias. Aunque esto pueda ser bueno y valedero – como lo fue para algunos santos-, no deja de ser peligroso apoyarse en ello. La fe es menos pura y meritoria cuanto más se fundamenta en estas gracias extraordinarias y sensibles (ASE 186)

Con perseverancia:

Por tanto, si deseas alcanzar la Sabiduría, debes solicitarla día y noche, sin cansarte ni desanimarte. ¡Mil y mil veces dichoso si, después de diez, veinte o treinta años de súplicas, logras alcanzarla, aunque fuera una hora antes de morir! Y si sólo la obtienes después de haber pasado toda la vida buscándola, pidiéndola y mereciéndola con toda clase de trabajos y padecimientos, persuádate de que no se te ha concedido con derecho propio, como una recompensa, sino por misericordia, como una limosna. ASE 188

Contemplación:

A la oración vocal hay que añadir la mental. Esta ilumina el entendimiento, inflama la voluntad y capacita el alma para oír la voz de la Sabiduría, saborear sus dulzuras y poseer sus tesoros. Personalmente, no encuentro nada tan eficaz para atraer a nuestras almas el Reino de Dios, la Sabiduría eterna, como el unir la oración vocal con la mental mediante la recitación del Santo Rosario y la meditación de los quince misterios encerrados en él (ASE 193)

Textos de referencia: Lc 11,1-13; ASE 184-193; SAR.

c. Mortificación universal (sufrimiento)

Montfort descubrió y vivió en carne propia el misterio de la cruz; por eso da algunas preciosas indicaciones de cómo interpretar en clave de salvación los sufrimientos. Ese es el tercer medio ordinario para alcanzar la Sabiduría. Mortificarse significa – según él- hacer morir en mí lo que me separa de Jesús. Lo mejor es ir directamente a lo que dice en el Amor de la Sabiduría Eterna, no sin antes mencionar los consejos que allí se encuentran de cómo mortificarse:

1. Vivir en auténtica pobreza interior y exterior.
2. Romper con lo mundano.
3. Romper con las falsas máximas del mundo.
4. Vivir en contacto con la Sabiduría.
5. Poner en juego una ascesis cuidadosa.
6. Unir mortificación interna y externa.

Textos de referencia: ASE 194-202. CAC

d. Los pobres y la pobreza

Aunque Montfort no lo indica como medio para alcanzar la Sabiduría, el tema de los pobres y la pobreza aparece con mucha frecuencia en la vida y escritos de Montfort. Se trata de una sintonía profunda con Jesucristo y el Evangelio. Pobres y pobreza están intrínsecamente unidos a Jesús. Y como Montfort está íntimamente unido a Jesucristo, entonces también lo está con los Pobres y la pobreza. Ver por ejemplo, el cántico 18: los gritos de los pobres.

Séptima intuición. El medio extraordinario y perfecto: la perfecta consagración a Jesucristo por manos de María.

a) La consagración a Jesucristo

El Vaticano II dice que por el bautismo el cristiano “ha muerto al pecado y se ha consagrado a Dios” (LG 44). Para Montfort era ya muy clara esta idea de consagración bautismal como dedicación total a Jesucristo. “*La plenitud de nuestra perfección -dice- consiste en asemejarnos, vivir unidos y consagrados a Jesucristo*” (VD 120). Su preocupación constante era la de “ayudar al bautizado a tomar conciencia de su relación absoluta con Jesucristo”³ para “recordar y creer que los

³ HÉMERY, J., “Baptême”, *DSM*, 127

cristianos han sido consagrados a Jesucristo, Señor y Redentor nuestro” (VD 129). Lo característico, sin embargo, es su insistencia en la “consagración de sí mismo” como compromiso libre y voluntario, para ser más fiel al Señor. Esta es la idea de fondo de la renovación de las promesas bautismales. Nuestra consagración es posible únicamente en Jesucristo, el auténtico consagrado del Padre. Iniciativa de Dios y respuesta humana: Dios me consagra en Jesucristo y yo me consagro a él por mi propia voluntad.

b) La esclavitud de amor

Por el bautismo, el cristiano establece una relación profunda, existencial, con Jesucristo, relación de pertenencia – dependencia que nosotros podríamos llamar ontológica. Montfort utilizando el lenguaje de su época no encuentra un término mejor para expresar tal relación que el de *esclavo*, con todo el campo semántico relacionado. Quizá no suena bien a nuestros oídos de gentes del siglo XXI comprometido en la defensa de la dignidad y de los derechos humanos. Pero debemos ir más allá de las palabras para entender la realidad que Montfort quería significar utilizando estas palabras.

Lo que Montfort busca es poner de relieve esta relación profundísima de dependencia, de unión de voluntades, que se establece por medio del bautismo vivido con conciencia. “*Debemos concluir, con el Apóstol (1Cor 3,23; 6,19-20; 12,27), que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que somos totalmente suyos, como sus miembros y esclavos, comprados con el precio infinito de toda su sangre (1Pe 1,19)*” (VD 68). Incluso las cadenas, que recuerdan la ruptura con el pecado y la consagración a Jesucristo, son signos de una antigua y de una nueva esclavitud (ver VD 228).

Pero el misionero explica que no se trata de una esclavitud deshumanizante, sino de una esclavitud voluntaria y liberadora, escogida por amor y en plena lucidez y responsabilidad. “*Debemos pertenecer a Jesucristo y servirle no sólo como mercenarios, sino como esclavos de amor, que, por efecto de un intenso amor, se entregan y consagran a su servicio en calidad de esclavos por el único honor de pertenecerle. Antes del Bautismo éramos esclavos del diablo. El Bautismo nos transformó en esclavos de Jesucristo (Ver Rom 6,22)*” (VD 73; SM 34, CT 139,32). La respuesta a la donación total de Jesucristo a nosotros es nuestra entrega total a él en el modo como lo haría un esclavo que entrega su vida voluntariamente a un patrón bueno.

c) Renovación de las promesas del bautismo

“*Evangelizar constituye la gracia y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. ¡Ella existe para evangelizar!*”. Esta hermosa síntesis de la vocación de la Iglesia está en el número 14 de la *Evangelii Nuntiandi* del papa Paulo VI. Puede sintetizar también la vida de todo misionero y en modo particular de San Luís María de Montfort. En efecto, confirmado por el papa como “misionero apostólico” dedicó toda su vida a “renovar el espíritu del cristianismo entre los cristianos”, es decir a evangelizar. Es lo que desea y prescribe para sus seguidores en la Regla Manuscrita: “*La finalidad de sus misiones es renovar el espíritu del cristianismo en los creyentes*” (RM 56). Pero esta renovación se realiza en modo concreto dando al sacramento del bautismo el valor que le corresponde en la vida de cada cristiano: “*Así, pues, hacen*

renovar las promesas del Bautismo - conforme a la orden del Papa - de la manera más solemne y no dan la absolución ni la comunión a ningún penitente que no haya renovado antes con los demás estas promesas” (RM 56). La misión debe llevar a los creyentes a tomar conciencia de su pertenencia a Jesucristo por medio del bautismo y de lo que eso implica en su vida concreta; por eso se renuevan “las promesas”, es decir, las opciones vitales del cristiano. Esta renovación se hace “con los demás”, es decir en comunidad. Es esto lo que vivió Montfort en su propia persona y esto trató de comunicar a tanta gente a través de las misiones. Por eso dice que “hay que haber experimentado los frutos de esta práctica para apreciar su valor” (RM 56).

De ahí que la respuesta del misionero sea la de instruir a los cristianos acerca de la grandeza y dignidad del bautismo y la de llevarlos a “ratificar por sí mismos el contrato de alianza hecho con Dios por sus padrinos” (VD 127). Renovación personal de las promesas y votos del bautismo, con plena conciencia y responsabilidad.

d) Vivir Mariamente

No exento de cierto pesimismo, Montfort descubre que existe una debilidad en las personas que las hace sucumbir ante las motivaciones desviantes del ambiente anticristiano y les impide vivir a plenitud el bautismo y perseverar en los frutos alcanzados durante la misión. Es aquí que recuerda la misión particular que Dios concedió a María. Ella, por disposición de Dios nos ayuda como madre buena a caminar en la fidelidad y a tender a la perfección. *“Siempre que piensas en María, Ella piensa por ti en Dios. Siempre que alabas y honras a María, Ella alaba y honra a Dios. Y yo me atrevo a llamarla “la relación de Dios”, pues sólo existe con relación a El; o “el eco de Dios”, ya que no dice ni repite sino Dios. Si tú dices María, Ella dice Dios” (VD 225)*

Para asegurar mejor la fidelidad a Jesucristo y vivir el evangelio a cabalidad Montfort propone la verdadera y perfecta devoción a María, ya que, según él, *“cuanto más te consagres a María, tanto más te unirás a Jesucristo. La perfecta consagración a Jesucristo es, por lo mismo, una perfecta y total consagración de sí mismo a la Santísima Virgen. Esta es la devoción que yo enseño, y que consiste, en otras palabras, en una perfecta renovación de los votos y promesas bautismales” (VD 120)*

Así pues, Montfort, partiendo de su experiencia personal y de la lectura atenta del Nuevo Testamento, tuvo la brillante intuición de percibir la relación con la Madre de Dios no como una simple devoción particular para obtener uno que otro favor de parte de Dios, tal como se hace con la devoción a los santos, sino como una verdadera forma de espiritualidad. Según él, para ser fiel a Dios es necesario vivir “Mariamente”. Permítanme este neologismo un poco brusco para expresar mi lectura de la intuición monfortiana. Vivir “Mariamente” significa entrar en la onda de fe de María, entrar en su relación estrecha, profunda y eterna con Jesucristo; significa dejarse llenar del Espíritu Santo como ella y con ella, a fin de parir a Jesucristo en la vida concreta. Significa, en fin, fundirse con ella, para reproducir los rasgos de su hijo en nosotros...

Esta es la estupenda intuición de Montfort: relacionar indisolublemente la consagración bautismal con la consagración a María. La perfecta renovación de las

promesas bautismales coincide con la consagración total a Jesús por María⁴. Para vivir el bautismo debemos entrar en comunión con María.

Textos de referencia: Juan 19,25-27. VD 121, 225, 257.

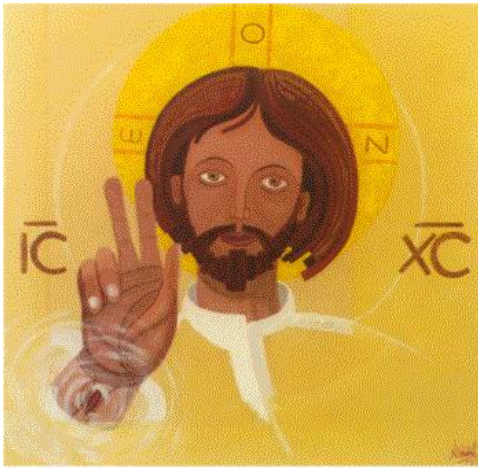
Revisar y Confrontar

Me pongo con humildad delante de mí mismo y del Señor, le pido su luz, y me pregunto:

1. ¿Es realmente Jesucristo el centro de mi vida? ¿Cómo vivo las características “monfortianas”: totalidad, exclusividad, fin último, Sabiduría? (intuición 1)
2. ¿He percibido en mí también el problema pastoral que enfrentó Montfort? ¿En qué modo? (intuición 2)
3. ¿Cómo percibo las causas? (intuición 3 y 4)
4. ¿Cómo va mi proceso de configuración con Jesucristo en la cruz? (intuición 5)
5. ¿Cómo estoy utilizando los medios ordinarios? (intuición 6)
6. ¿En qué signos concretos veo que he renovado y vivo mi bautismo?
7. ¿En qué signos concretos se manifiesta que vivo mi consagración total a Jesús por María?

Escojo o elaboro un signo que represente mi realidad como montfortiano.

⁴ Es una originalidad de Montfort que él mismo reconoce: “Después de todo, protesto abiertamente que -aunque he leído todos los libros que tratan de la devoción a la Santísima Virgen y conversado familiarmente con las personas más santas y sabias de estos últimos tiempos - no he logrado conocer ni aprender una práctica de devoción semejante a la que voy a explicar, que te exija más sacrificios por Dios, te libere más de ti mismo y de tu egoísmo, te conserve más firme y fielmente en la gracia y la gracia en ti, te una más perfecta y fácilmente a Jesucristo y sea más gloriosa para Dios, más santificadora para ti mismo y más útil al prójimo” (VD 118)



Intuiciones fundamentales de San Luis María de Montfort



2. Problema pastoral:

- a) Mediocridad en la vida cristiana de la gente.
- b) Falta de perseverancia en los compromisos.

3. Primera causa:

Olvido e ignorancia de la dignidad y de los compromisos del **Bautismo**.

Gal 3,27-28; Col 3,9-11.
Rom 6,2-6; Ef 2,25-26.
VD 127-128,130; RM 56

4. Segunda causa:

Tendencia interna y externa al mal...

Marcos 7,14-23. VD 78-79 (80-81).

1. Jesucristo es el centro de todo

- Sabiduría Eterna y Encarnada.
- Único: exclusividad.
- Fin último
- Para conocerlo.
Fil 3,1-11; VD 61; ASE 11-12,89,166; Carta 20.

7. El medio perfecto:

La perfecta consagración a Jesucristo por Manos de María.
- Renovación del **bautismo**
VD 120. VD 126
- Vivir "**Maríamente**".
Juan 19,25-27. Ver VD 121, 225, 257.

6. Medios:

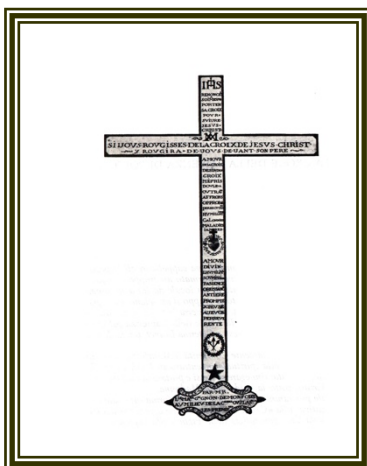
- a) Deseo ardiente: ASE 181-183.
- b) Oración continua: ASE 184-193.
- c) Mortificación universal (sufrimiento): ASE 194-202.
- d) Los pobres

5. Solución:

Configuración total con Jesucristo en la cruz: **kerigma**.

Misión Pobres

1Cor 1,17-2,16; Rom 6,1-14; ASE 176, 180; CAC.



Elaborado por Jaime Oved smm